

Comentario al artículo de Alonso Marañón

Lía Ramírez Caparó*

Tengo la fortuna de comentar el texto de uno de mis buenos amigos y verter algunas reflexiones que comentamos previamente. Valoro que Alonso nos motive a desajustar la mirada sobre el establecimiento del neoliberalismo en el Perú como un hecho de absoluta coerción y violencia. Él propone, en cambio, que este conllevó concesiones y negociaciones con la población civil, enmarcadas en un tipo de política que prioriza el consenso sobre la violencia. Un tipo de política construido desde la lucha de *subalternxs*, representada en procesos como la reforma agraria, la constituyente de 1979, y la participación electoral de las izquierdas a partir de la década de 1980.

El texto provoca más preguntas que respuestas sobre el concepto de consenso, lo cual es bueno

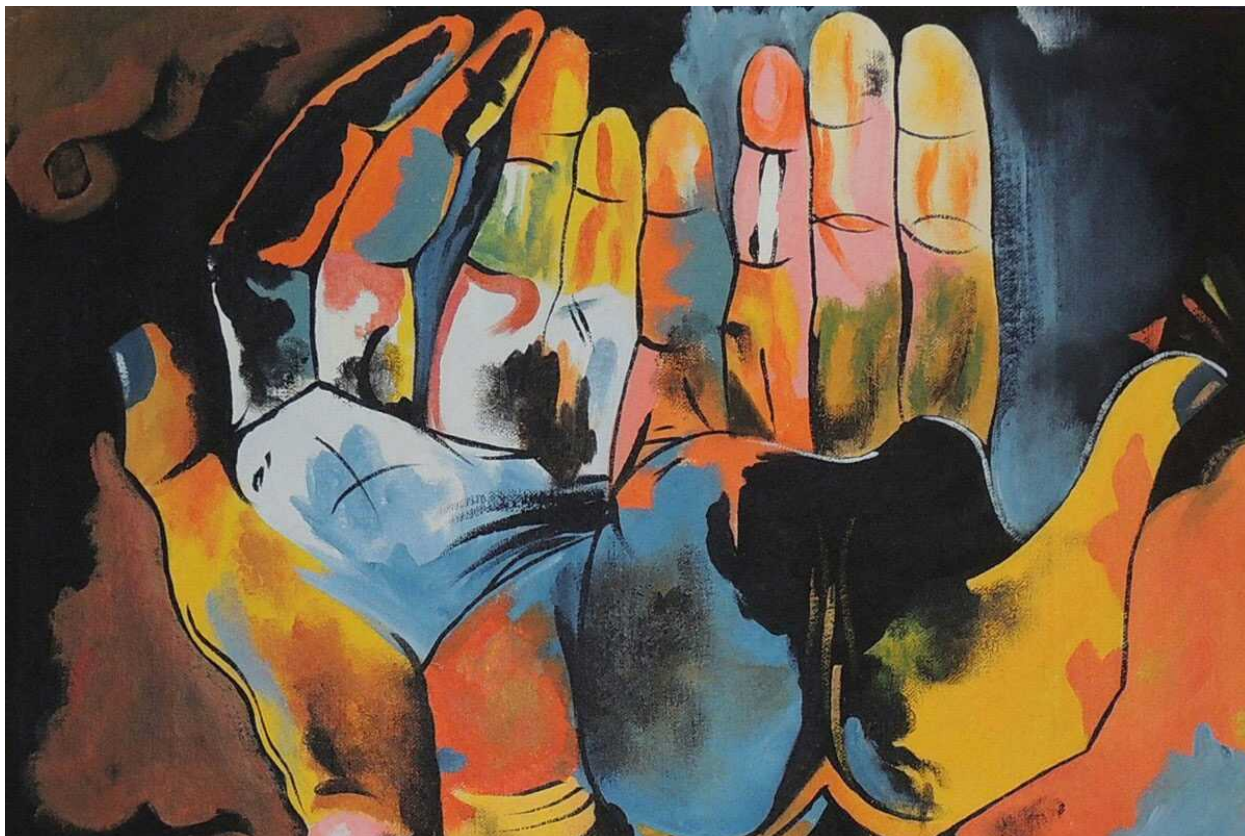
“la pregunta es porque políticamente no hemos podido quebrar este consenso. Creo que esta es una reflexión inmensa y pendiente. Se me ocurre que, por un lado, el enmudecimiento y congelamiento político responden a la dislocación interna de los espacios políticos de izquierda, criminalizados por el fujimorismo y perseguidos en el contexto de la violencia política”

otro modo explicar su permanencia durante tantos años? Esta propuesta conceptual es clara y lleva a

preguntarnos por la manera en la que se construye y sostiene temporalmente dicho consenso neoliberal.

Alonso parte de una mirada poco condescendiente con la población civil, la considera activa en la construcción de este consenso y rechaza la idea paternalista de que los individuos se dejaron “atrapar” o “seducir” ciegamente por un sistema. Esta premisa me lleva a vincular el texto con la propuesta teórica de Danilo Martuccelli¹, quien realiza un repaso histórico sobre los procesos migratorios a Lima durante las últimas décadas del siglo XX para explicar la formación de un tipo de individualidad contemporánea limeña. De acuerdo al autor, los individuos migrantes gestionan estrategias para “sacarle la vuelta” a un sistema estructuralmente desfavorable para ellxs. Además, priorizan la sobrevivencia de sus círculos cercanos y asumen estratégicamente las reglas de instituciones presentes en su vida –punto que deslinda con la mirada generalizada de la “cultura de transgresión”. Todo ello compone un tipo de individualismo metonímico, la parte como el todo. Martuccelli rechaza el presupuesto de que la ideología neoliberal haya sido efectiva en la formación de esta individualidad; es continuación de un proceso histórico de abandono estatal sobre los individuos y desarrollado previa y paralelamente a las reformas estructurales. Más allá del neoliberalismo, comenta Martuccelli, los individuos latinoamericanos se caracterizan por asumir la responsabilidad de su vida, carente de soportes institucionales.

En base a las reflexiones de este autor y a su propuesta de “proyecto reglamentador”, considero que el Estado neoliberal se acopla a este individualismo metoní-



mico y negocia con las estrategias que los individuos se agencian para sobrevivir. Podemos pensar que el Estado reglamenta mínimamente las condiciones para que los individuos continúen desplegando estrategias de sobrevivencia que han agenciado autónomamente; no los ampara, soporta, ni brinda servicios básicos. Como ejemplo, Martuccelli plantea la reglamentación del transporte público; legalidad que formalizó y ordenó entonces una situación caótica pero que, considero, finalmente representa una presencia estatal mínima condescendiente con la liberalización del mercado. Esta dinámica puede ser entendida como un consenso –explícito o implícito– en el que el Estado cumple con proveer un orden básico que los individuos acatan y utilizan estratégicamente y, al mismo tiempo, se mantiene al margen en ciertos aspectos de la vida cotidiana en la que los individuos pueden transgredir en beneficio propio.

Ahora, la pregunta es porque políticamente no hemos podido quebrar este consenso. Creo que esta es una reflexión inmensa y pendiente. Se me ocurre que, por un lado, el enmudecimiento y congelamiento político responden a la dislocación interna de los

espacios políticos de izquierda, criminalizados por el fujimorismo y perseguidos en el contexto de la violencia política. Así mismo, al establecimiento de un tipo de política que acepta propuestas de reglamentación, ordenamiento y transformación social ablandadas, permitidas y ubicadas en una dimensión “culturalista”. Tal como ocurre con demandas liberalizadas feministas y étnico-raciales, presentes como propuestas (adaptadas) de transformación que son aceptadas siempre y cuando respeten las reglas del mercado y puedan ser absorbidas por la forma mercancía. Es por ello, que cuando algunos sectores se escapan de esta forma domesticada, se recurre a la violencia y desvalorización de discursos, tal como se observa en los conflictos socio-ambientales. La labor de las izquierdas y movimientos sociales es romper este consenso. La crisis social sanitaria precisamente ha mostrado que las estrategias de sobrevivencia autónomas tienen un límite, y que un Estado condescendiente con la liberalización de servicios básicos es inviable para el sostenimiento de una sociedad. Romper el consenso del Estado como dador de lo mínimo supone debatir proyectos de transformación radical.

* Socióloga de la PUCP. Estudiante de la maestría en Historia con mención en estudios andinos en la misma universidad.

1. Martuccelli, Danilo. 2015. Lima y sus Arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales. Causas editores.